

PASAGES BÍBLICOS.

ZACARIAS Y ELISABETH O JUAN EL PRECURSOR (*).

HABIA Dios prometido á Abraham que su descendencia se multiplicaria escesivamente, y que de ella procederia el Mesías (1); por consiguiente, la esterilidad entre los hebreos era mirada como ignominia y como castigo. Zacarías habia terminado su semana de servicio en el templo, durante la cual los sacerdotes no se acercaban á sus mugeres, ni bebian vino ni cerveza, y el pueblo que estaba esperándole, maravillábase de su tardanza.

Entendieron las gentes que alguna vision habia aparecido á Zacarías en el templo, pues á su salida no les podia hablar y lo significaba por señas. En efecto, habia quedado mudo; y como eran cumplidos los dias de su ministerio, retiróse á su casa donde le esperaba Elisabeth.

Por estos dias fue cuando concibió su esposa; mas como se hallaba en edad tan avanzada, la fecundidad le daba como cierta vergüenza, de modo que se escondia, y así estuvo cinco meses oculta de la vista de los demás.

Al sexto mes de su preñado, fue cuando Dios envió al ángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, para anunciar á María la Encarnacion del Verbo; y María fue con presteza á una ciudad de las montañas de Judá (2), donde habitaba Zacarías, para saludar á su prima Elisabeth.

Cuando esta anciana oyó la salutacion de la Virgen, dió saltos de gozo en su vientre el niño, é inspirada por el Espíritu Santo, exclamó Elisabeth: «¡Bendita tú, entre las mugeres (3), y bendito el fruto de tu vientre! ¡El Señor viene á visitarme á mí? ¡Bienaventurada tú, que creiste, y será cumplido lo que te fue dicho de parte del Señor!»

Se detuvo tres meses María en casa de Elisabeth, á la que cumpliéndosele el tiempo de parir dió á luz un niño. Los parientes y vecinos regocijaronse con ella, y al circuncidarle el octavo dia, pensaron llamarle Zacarías como á su padre; mas su madre dijo que de ningun modo, pues su nombre era Juan.

Como no habia en su linage ninguno de ese nombre, por señas se lo preguntaban á su padre, que escribió Juan es su nombre; y en aquel momento se le desató la lengua, hablando y bendiciendo á Dios. Entonces, lleno del Espíritu Santo, fue cuando Zacarías profetizó el cántico solemne *Benedictus Dominus Deus Israel* (4).

(*) Evangelio de san Lucas, cap. I.

(1) En un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido á mi voz. *Génesis* 22.

(2) Creen algunos que esta ciudad fue Hebron; mas no se asegura de cierto. Era ciudad sacerdotal, y la principal de las nueve que fueron destinadas á Judas y á Simeon, hijo de Aaron. *Josue*, xxi. 9. 11.

(3) *Entre las mugeres....* mas que todas las mugeres. Hebraismo.

(4) El Bautista se retiró al desierto desde su infancia; y allí permaneció, viviendo una vida muy austera, hasta la edad de treinta años, en que quiso el Señor mostrarlo al pueblo de Israel y que comenzase á predicar la penitencia, hablando de Jesucristo, y exhortando á todos á que le reconocieran por su verdadero Mesías, por su Señor y Redentor. *Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine.*

MARÍA Y JOSEF (1).

FUE por Dios enviado el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una Virgen desposada con un varon cuyo nombre era Josef, de la familia de David, y el de la Virgen era María; y entrando el ángel á do estaba, la dijo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mugeres.»

Turbóse María al oir estas palabras, dudando entre sí, qué salutación seria aquella; pero el ángel la dijo: «No temas, María, porque hallaste gracia ante los ojos de Dios. Cata que concebirás en tus entrañas, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre JESUS: éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor el sòlio de su progenitor David, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.

Díjole María al ángel: «¿Cómo puede ser esto, porque no conozco varon (2)?—El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te dará sombra (3); por lo que el Santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y cata que Elisabeth, tu prima, tambien ha concebido un hijo en su vejez; y ya aquella que se llamaba estéril, está en el sexto mes de su preñado, porque ninguna cosa es imposible para Dios. — He aquí la esclava del Señor, dijo entonces María: hágase en mí segun tu palabra (4).»

Josef su esposo, como era justo, y no quisiese infamarla, quisola dejar (5); se hallaba perplejo sin saber qué hacerse. Por una parte su rectitud, viendo la preñez de la Virgen, le inclinaba á no vivir en su compañía: por otra la estimacion y concepto en que la tenia, no le permitian esponerla al rigor de la ley, acusándola en juicio como adúltera, ó repudiándola públicamente como mandaba Dios en el Deuteronomio; y así determinó á dejarla secretamente.

Así pensaba, y cata que un ángel del Señor aparecióle en sueños, y díjole: «Josef, hijo de David, no temas de recibir á María tu muger, porque lo que en ella ha nacido (6), de Espíritu Santo es.»—*J. O.*

(1) San Lúcas, en el mismo Evangelio.

(2) La palabra latina *Virum*, es comun al prometido y al casado, como la voz *esposo* entre nosotros, y es antigua tradicion que María habia consagrado á Dios su virginidad con voto.

Al referir el Evangelista lo que sucedió, esto es, que María concibió en su seno virginal, antes que Josef la conociese; no se ha de inferir que la conociese despues. La Iglesia nuestra Madre tuvo siempre por hereges á los que afirman esto (*San Gerónimo*).

(3) *Te dará sombra....* obrará en tí la Encarnacion del Verbo Eterno. (ARROYAL: *Ofic. Parv.*)

(4) Todos los padres antiguos sienten uniformemente que al pronunciar María estas palabras, se obró en ella el inefable misterio de la Concepcion de Jesucristo y Encarnacion del Verbo.

(5) Evangelio de san Mateo, cap. I.

(6) *Concebido* en su purísimo vientre.

ESPOSICION PÚBLICA VALENCIANA DE 1848.

Poco concurrida se ha ofrecido este año la esposicion pública, y entre otras de las causas que, en nuestro concepto, han contribuido sin duda á este escaso lucimiento, es la indiferencia con que algunos esponentes miran esta feria ánuua desde que perdieron la esperanza de obtener ya los premios que ofrece la Sociedad. Mientras recibieron de año en año todas las honrosas distinciones concedidas por esta corporacion, se apresuraron á hacer un justo alarde de sus artefactos ó manufacturas, y conseguidas que fueron aquellas, no han recordado que las esposiciones son el gran medio para que sean de todos conocidos sus productos. En cambio han correspondido á los deseos de la Sociedad los señores D. Juan Miguel de San Vicente con un variado, hermoso y esquisito surtido de tejidos de seda, plata y oro que nada deja que desear al mas delicado gusto y á la mas rigurosa moda; el señor Bellido (hijo) con una elegante brida; el señor Nicolás (hijo) con una bien acabada taza de plata de un mérito notable por su dibujo y perfeccion; el señor Noguera con una porcion de muebles de ebanistería, entre los cuales son dignos de observarse los pianos, cuya maquinaria se debe al inteligente y harto conocido señor Finelli; el señor Balader con una hermosa american y un elegante tilburi, de la propiedad del señor conde de la Alcudia; el señor Gonzalez con muestras de sus apreciados y célebres azulejos; el señor Pi con las de sus tejidos de lino, estimados hace mucho tiempo por su baratura, tupidez y finura, y otros dignos igualmente de la estimacion pública por sus adelantos. Las fábricas de filatura del señor Pujals y compañía han presentado muestras de sus productos; la de botones, propia del señor Porcar, continúa mejorando de dia en dia; las de guitarras no decaen en nada de su antigua nombradía; el señor Báguena ha construido este año un sencillo y recomendable reloj, junto al cual figura el que ha trabajado el jóven Alonso, de mucho mérito, si se atiende á los progresos que en pocos años ha hecho este jóven en la maquinaria. Los estambres tintados por el señor Orellano y el señor Ferrando han merecido mucho aprecio; así como lo han obtenido las pinturas del respetable señor D. Vicente Lopez, del acreditado señor Romá, padre é hijo, del señor Marqués (D. Juan Bautista) y otra que nos han asegurado ser del señor Bonilla. Entre los dibujos figuran noblemente las litografías del entendido D. Juan Mendiolagoitia, destinadas á formar parte de la obra que se acaba de anunciar bajo el título de «Valencia monumental y pintoresca», de que nos ocuparemos en otra ocasion. Son esclentes los dibujos de los discípulos de la escuela de la Academia y del Liceo, sin que podamos citar estensamente ni las labores del colegio Valentino, de tanto primor como elegancia, la alfombra de Doña Concepcion de Bitterlich, el magnífico florero de mariscos de Doña Isabel Coll, los de Doña Vicenta Palavicino de Correa, y de las señoritas de Rovira, obras todas de gusto y de mucho mérito, y los retratos al daguerreotipo de los señores Barrera y Lemasson; y los grandes productos de las acreditadas fábricas de Bofill y Masip. La memoria de la Sociedad, que cada año se publica sobre este objeto, hará mas estensa mencion de esta esposicion, y á ella remitimos á nuestros lectores.

El acto de distribución de premios ha sido brillante: presidió el escelen-
tísimo señor conde de Olocau, y á él concurrieron muchas autoridades, comi-
siones de varias corporaciones, y otras personas de la mas distinguida socie-
dad. El adorno del salon estuvo bien dirigido, siendo de notar las grandes y
nuevas arañas del señor Pujades, uno de los adornistas mas recomendables de
nuestra capital. La memoria que leyó el señor secretario Chocomeli, es una
prueba bien clara de que la ilustre Sociedad económica de Valencia no descansa
un momento en sus tareas filantrópicas, y que merece siempre el renombre
que le han valido en la Península y fuera de ella sus incesantes desvelos por los
progresos de la educacion, de la industria y de las artes. ¡Loor eterno á sus ser-
vicios y á cada uno de sus individuos en particular, y sobre todo á su celoso
director el Excmo. señor baron de Santa Bárbara, cuyos sacrificios aprecia
Valencia como debe, y á los que la posteridad no dejará de tributar su sincero
homenaje.

EL ABAD DUNCANIO.

LEYENDA.

(Conclusion.)

¿Qué volúmen seria aquel tan malo,

Dado por el infierno de regalo?

Sin duda que aquel libro provendria

De diabólica y negra librería.

En sus páginas rojas é inflamadas

Se verian blasfemias retratadas,

Sarcasmos contra Dios, contra sus santos,

Sortilegios, y cifras con encantos;

Estas ideas el abad formaba,

Y de sus pies el libro retiraba:

Mas poco á poco su pavor perdiendo,

Lo levantó del suelo, y fue leyendo.

Todos los caracteres se alumbraron,

Todos como relámpagos brillaron,

Y así como Duncanio pronunciaba

Sílabas de una mágia que ignoraba,

Mil figuras fantásticas y estrañas,

Formas desconocidas, y alimañas,

De su celda en los ámbitos bullian;

Y en la lisa pared aparecian

Castillos encantados, y armaduras,

Y pages, y soldados, y hermosuras,

Combates, y palacios de oro fino,

Y otras cosas que dijo el peregrino.

Unos genios despues aparecieron
 Delante del abad, que le dijeron:
 —Ordénanos, Duncanio, cuanto quieras:
 Prontos estamos todos: ¿á qué esperas?
 Con la menor señal ó movimiento
 Indícanos no más tu ordenamiento,
 Y verás cosas grandes, inauditas,
 Que historiador ninguno dejó escritas.

El prelado algun tanto satisfecho
 Se dijo para sí: —Vamos al hecho.
 Una vez que del alma no aventuro
 La salud eternal, y estoy seguro,
 Valgámonos del libro misterioso,
 Para gloria del Todopoderoso;
 A Luzbel con sus armas persigamos,
 Siendo buenas las cosas que ordenamos,
 Y el padre de mentira y de pecado
 Vencido sea por el que es tentado.

Luego que pensó así, con grande arrojo
 Abrió de par en par el libro rojo,
 Y vuelto á los fantasmas y visiones,
 Pronunció de tal modo sus razones:
 —Espíritu de grandes edificios,
 Que fabricando rindes tus servicios,
 En nombre del demonio que es tú dueño,
 Ven á prestarme un pronto desempeño.
 —Aquí estoy: respondió un acento fiero;
 Tus órdenes, Duncanio, solo espero.
 —Acabe tu vigor y tu energía
 La imperfecta pared de la abadía,
 Que no se concluyó, cual yo anhelaba,
 Porque nuestro dinero escaseaba.

Se oyó al punto un estrépito sonoro
 De demonios cantando en grave coro,
 Y todos levantaron raudo vuelo
 A trabajar con el mayor desvelo.
 El edificio apareció acabado,
 Muy sólido, vistoso y adornado
 De columnas de mármol, y primores
 De ogivas con sus vidrios de colores,
 Y en la pared esta inscripcion estaba
 Que con letras de adorno resaltaba.

*De Duncanio á la voz omnipotente
 Se acabó este edificio sorprendente.*

La fama de tan célebre portento
 Corrió por toda Europa en un momento,

Cual rio caudaloso que avasalla
 Sin respetar obstáculos ni valla.
 Aclamado el abad por hombre santo,
 Se complacia y recreaba tanto,
 Que en su pecho nacieron vanidades
 Que dieron al través con sus bondades.
 Se llenó de soberbia y de locura,
 Principio que los males apresura,
 Y si no le alababan con frecuencia,
 Perdía de repente la paciencia.
 Por el contrario, si una dama altiva
 Con una esplendorosa comitiva,
 O paladines nobles y afamados
 Con séquito de pages y criados,
 Venían á ofrecerle su respeto,
 Mostrábase muy plácido y discreto,
 Y todos sus sentidos y potencias
 Se bañaban en ámbar y esencias.
 Sin embargo no osó ni por antojo
 Tocar alguna vez el libro rojo,
 Libro todo de magia, libro malo
 Que le envió el infierno por regalo,
 En el año de mil ciento y cincuenta
 Con ocho mas por completar la cuenta.

Brilló una luz, en que un señor vecino,
 Por aumentar su rango y su destino,
 O porque en tanta paz no halló provecho,
 O por tener malhumorado el pecho,
 Pidió su casco y su troton lozano,
 Armó de lanza su robusta mano,
 Llamó sus tropas, y tenáz y terco,
 A Liebhenthal se vino á poner cerco.
 Segun costumbre entonces practicada,
 Tomó el abad Duncanio su celada,
 Vistió una lucidísima armadura,
 Convocó sus mesnadas con premura,
 Y se puso, exhortando á sus vasallos,
 Al frente de peones y caballos.
 Hicieron los sitiados su salida,
 Y á pesar de su fuerte arremetida,
 Huían en desórden rechazados,
 Sin oír á sus gefes esforzados,
 Cuando el abad de su corcel se baja,
 Y á todo fugitivo el paso ataja,
 Y haciendo de su espada noble alarde,
 «Muerte, gritó, al follon, muerte al cobarde.»
 Al choque se volvieron todos de una,

Y tambien fue contraria la fortuna.
 Acordóse el abad desesperado
 Del poder de su libro colorado,
 Lo sacó de su seno, y en voz alta
 Leyó toda una página sin falta.
 Con súbito pavor el enemigo
 En tierra inmóvil vino á dar consigo,
 Y cual víctima triste y desgraciada,
 De los de Liebenthal sufrió la espada.
 De Duncanio el milagro es conocido,
 Y en carro de victoria conducido
 A la ciudad, que le idolatra tanto,
 Es proclamado vencedor y santo.
 Fácil es conocer que en tal momento
 Llegó á ser el señor mas opulento
 De todo aquel pais que dominaba;
 La noble gerarquía le admiraba,
 Príncipes y magnates y señores
 De su amistad buscaban los favores.
 Se rodeó de un lujo cortesano,
 A todos sus fervores dió de mano,
 Y sin poner un dique á sus deseos,
 Buscaba las delicias y recreos.
 No curó de homilias ni sermones,
 Corrió tras su apetito y sus pasiones,
 Y cuando algun obstáculo veia,
 Al libro colorado recurria.

Hora por hora sin perder camino,
 Quince años despues que el peregrino
 Se habia presentado en la abadía
 Con el rojo presente que traia,
 El abad en su celda reposaba,
 Y mil proyectos de ambicion formaba,
 Cuando á un leve rumor se puso alerta,
 Pues oyó que llamaban á su puerta.
 —¿Quién es? gritó aturdido y asustado.
 Y fuele respondido — Abrid, prelado.
 —¿Quién sois vos que me hablais altivo y fiero?
 — La deuda de mi libro cobrar quiero.
 —¿Deuda del libro rojo? ¿En qué sentido?
 — Sí, Duncanio, tu plazo es ya cumplido:
 Sigueme, que llegó tu postrer dia:
 Ya te debo contar por presa mia.
 Uñas descomunales le clavaba
 El peregrino negro, y le arrastraba.
 El abad se plañía en tal manera:
 — Presa tuya no soy: espera, espera.

Ningun pacto firmé con mi enemigo,
 Que el cielo bien lo sabe y es testigo.
 —Es verdad que no hay firma ni contrato
 Mas, merced á mi libro y su aparato,
 Sin temor de peligro ni de males
 Te has tragado pecados capitales.
 Te has metido en el fango de placeres,
 Ciego con la pasion de las mugeres,
 Has manchado tu mano con venganza,
 Y con sangre la punta de tu lanza,
 Y en la soberbia y vanidad me igualas,
 Aunque te faltan mis terribles alas.
 Vamos á los infiernos. Dicho y hecho:
 Clavándole las uñas en el pecho
 Se lo llevó como una paja leve,
 Que al impulso del céfiro se mueve.

Cayó fuego del cielo en la abadía
 Que con llama voráz la consumia:
 Hacinaos quedaron sus escombros
 Sirviendo de pavores y de asombros,
 Y demonios nocturnos se notaban
 Que en torno se mecían y bailaban.

J. Arolas.

UN MISTERIO *.

El caballero, hombre siempre fino, de buena educación, aun con los que le inspiraban menos simpatías, hizo seña al portero, convertido aquel día en ayuda de cámara, que era el que habia introducido á Daquin, que le acercara una silla. Este se sentó sin ceremonia, como si hubiera sido un amigo de veinte años, y el caballero necesitó de toda su sangre fria y tacto de mundo para no manifestar el disgusto que le causaban las maneras de aquel hombre; pero se contuvo, y con el tono de voz conveniente le preguntó, si era en efecto el que le habia pedido una entrevista.

—¿Y qué otro habia de ser? respondió el viejo; solo conozco un Daquin en el mundo, y ese soy yo. Confieso, pues, que soy el autor de la carta que recibisteis; y reconocida así la identidad, entremos, si gustais, en materia.

—Está bien, señor, dijo el caballero, á quien cada vez ofendia mas este tono cortado; pero seamos breves, porque es la hora en que acostumbro pasear, y soy muy exacto.

—Mas que vuestro reloj... le interrumpió Mr. Daquin con un ligero tono de burla. Lo siento mucho, pero nuestra conversacion será mas larga de lo que deseais.

* Véase la página 214.

—¿Y si yo quiero que sea corta, señor?... replicó con viveza el caballero.

—En este momento podeis quererlo así, contestó el buen hombre, pero espero que dentro de diez minutos cambiareis de opinion, y no me dejareis marchar aunque quiera.

—Sean, pues, los diez minutos, Mr. Daquin, pero cuidado que encontreis el secreto de interesarme, porque no os concedo un segundo mas.

—La señora marquesa de Montaran es amiga vuestra, dijo Mr. Daquin; sé muy bien que no hay muger mas honrada y digna de respeto por el admirable valor con que sufre toda clase de privaciones, y la gran desgracia que nunca debió experimentar.

—¿Y quién os ha dicho que Mad. de Montaran sea desgraciada? exclamó el caballero, altamente ofendido de que nadie mas que él tuviera noticia de los trabajos de la marquesa.

—La marquesa goza de muy mala salud, continuó Mr. Daquin sin turbarse; su hija es una pobre flor, que un penoso trabajo marchita cada dia mas, y dobla hácia la tierra: apenas les quedan novecientas libras de renta, y sus deudas aumentan y sus recursos disminuyen. Sed franco, caballero; ¿no es ésta la fiel y triste pintura de la situacion de vuestras amigas?

—Señor, dijo el caballero, no reconozco en nadie derecho para mezclarse en esos intereses privados de que me hablais, y en vos menos que en ninguno, porque no sé quién sois, y solo á costa de investigaciones temerarias y culpables habeis podido averiguar esos secretos pormenores que me acabais de referir. Esto supuesto, dejemos la conversacion. Si fuerais mas jóven os pediria tal vez razon de vuestra insolente conducta; pero en consideracion á vuestros años, quiero ahorraros el trabajo de decirme el objeto de vuestra visita, de que estoy de antemano enterado, y de que es preciso deciros que es supérfluo hablemos los dos.

—¿Conque sabeis el objeto de mi visita?... Por vida mia, que os desafié á que me lo digais, dijo Mr. Daquin.

—Un casamiento, repuso con frialdad el caballero.

—¿Un casamiento?... dijo aquel sorprendido.

—Con un necio, muy rico, cuya mollera vacía ha podido únicamente soñar semejante enlace, dijo San Lorenzo.

—¿Y su nombre, caballero? ¿y su nombre? preguntó el viejo visiblemente conmovido.

—¡Hé, diablo! su nombre es el vuestro, puesto que me obligais á decíroslo.

—¡Yo! dijo el buen hombre, cayendo de espaldas en su silla con una risa homérica: ¡yo casarme!... yo solicitar la mano de la señorita de Montaran, porque, sin duda, aludis á ese ángel blanco y sonrosado, ¿no es verdad? ¡Ah, señor caballero! miradme bien, por favor. ¿Con esta cara arrugada como un limon viejo olvidado en casa de un especiero, con estas piernas tan delgadas, con este talle tan elegante, con este pelo color de azufre que parece revuelto con huevos, con semejantes dones físicos, en fin, hay nadie que piense en casarse?

—¿Conque no sois vos de quien se trata? dijo atónito San Lorenzo.

—Caballero, repuso el viejo poniéndose en pie con una dignidad que hasta entonces no habia mostrado; aun cuando hubiera sido jóven, rico y buen mozo, jamás hubiera tenido la temeridad de proponer á la señorita de Montaran

que cambiara el ilustre nombre de sus antepasados por el vulgar y plebeyo de Antonio Daquin.

— Pues entonces ¿qué quereis de mí? preguntó el caballero, conmovido mas de lo que queria manifestar, con la franca declaracion del viejo.

— Lo que quiero, contestó éste maliciosamente, os lo diria con gusto, si no hubieran espirado los diez minutos que me concedisteis para esplicarme.

— Decid lo que gusteis, señor, decidlo, se apresuró á decir el caballero á su interlocutor, invitándole á volverse á sentar.

— Voy al momento, dijo el buen hombre acomodándose de nuevo en su sillón, y sorbiendo un gran polvo de tabaco. Efectivamente vengo á hablaros de un casamiento para vuestra linda protegida; pero la confianza que os voy á hacer es de tan estraña naturaleza y tan nueva, que necesito antes pedir os que me deis palabra de escucharme con paciencia y sin enfadaros.

— Os la doy, contestó el caballero algo turbado con esta preparacion oratoria, pero deseando satisfacer á toda costa su curiosidad.

— Pues en ese caso, caballero, continuó el viejo, os pido la mano de la señorita de Montaran, de que sé que dispondrá su madre por vuestro consejo, para una persona que no me es permitido nombraros hasta que todo esté arreglado y convenido entre nosotros.

— ¡Es cosa muy rara! dijo el caballero.

— Ya os lo advertí antes, respondió Mr. Daquin.

— Pero al menos, replicó el caballero, ¿esa persona es jóven?

— Veinticinco años.

— ¿Noble?

— Mas que la que desea tener por esposa.

— ¿Conde?

— Mas que eso.

— ¿Marqués?

— Mas todavía.

— ¿Duque, tal vez?

— Subid un poco mas, dijo tranquilamente Mr. Daquin.

— ¡Será príncipe! exclamó el caballero, no pudiendo contener un grito de júbilo.

— Príncipe, de sangre casi real.

— ¿Y sus bienes?

— Un millon de libras de renta. Mas no puede asegurarle á su muger, en casándose, sino trescientas mil de renta.

— ¡Trescientas mil libras de renta! exclamó el caballero.

— Trescientas mil libras de renta, que serán propiedad de la princesa, y de que podrá disponer á su voluntad, tanto del capital como de los intereses, sin que queden afectos á ninguna responsabilidad.

Todos los colores del arco iris habian pasado entre tanto por el rostro del caballero; pero las últimas palabras del viejo lo encendieron de un rojo tan vivo, que pudo temer por un momento un arrebato de sangre; mas en seguida se puso de repente escesivamente pálido. Una idea horrorosa, que podia destruir, como un huracan, todo el edificio de sus magníficas ilusiones, atravesó su mente; y asiendo convulsivamente el brazo de Antonio Daquin, exclamó:

— ¡Vuestro príncipe debe ser un mónstruo de fealdad!... algun *príncipe Azor* antes de su metamórfosis, como en la ópera de Marmontel.

— El príncipe, respondió Daquin, es uno de los hombres mas hermosos de Europa, y su talento, sus sentimientos y su alma son iguales á su nacimiento y su riqueza.

Entonces ya no pudo contenerse el caballero, y abrió precipitadamente los brazos, como para estrechar en ellos al viejo: mas éste, echando hácia atrás su sillón, evitó el abrazo del caballero de San Lorenzo, y repuso con la misma sangre fria:

— Ya habeis oido, caballero, todo lo que tenia que deciros agradable, lisonjero y brillante: ved ahora el reverso de la medalla.

San Lorenzo no pudo contener un ligero estremecimiento.

— Este matrimonio, continuó Mr. Daquin, no debe tener efecto sino con tres condiciones.

— Hablad, señor, hablad; ¿cuáles son? le interrumpió el caballero lleno de impaciencia.

— La primera es, que la princesa no ha de conocer á su futuro esposo, sino el dia mismo de sus desposorios, en el momento de ir al altar.

— ¿Y por qué? dijo el caballero asombrado.

— Eso me es imposible decíroslo. La segunda condicion es, que el príncipe dejará á su jóven esposa al salir de la iglesia, y no la volverá á ver mas.

— ¡Pero eso es horrible, señor! exclamó el caballero. ¿Cómo es posible que la pobre niña sea soltera y casada á un mismo tiempo?... ¿Viuda de un marido que vive, sola en el mundo, con un marido noble y amable?... ¿privada, en fin, de todos los placeres de la naturaleza y la vida?

— Yo no dicto las condiciones, caballero, se limitó á contestar Daquin, las trasmito únicamente, y nada mas.

— No, señor, no.... ese seria un sacrificio demasiado cruel, una vida demasiado amarga.... y no tendria valor para aconsejar á la marquesa que lo propusiera á su hija.

— Comprendo muy bien vuestros escrúpulos, señor caballero, dijo el viejo, y en vuestro lugar los tendria tambien tal vez; pero suponed por un momento que la señorita de Montaran no se case nunca, y su vida seria entonces la misma, poco mas ó menos, que la que se le ofrece, menos el título de princesa, y trescientas mil libras de renta.

— Es verdad.... dijo tristemente el caballero bajando con sentimiento la cabeza, porque se le representó la miseria de sus amigas con todos sus sinsabores: es cosa que se debe reflexionar.... Pero ante todo es preciso saber vuestra tercera condicion.

— Vedla aquí, dijo Antonio Daquin.

Y levantándose con precaucion, registró todos los rincones del cuarto en que estaban, fue á mirar en las puertas si álguien lo podia oír; y despues, por un exceso de prudencia, que hacia, sin duda, necesario lo grave de lo que iba á decir, se acercó al caballero, pegó casi la boca á su oído, y le dijo en voz baja algunas palabras, de tan terrible efecto, sin duda, que el caballero de San Lorenzo se quedó petrificado en su asiento, y anonadado, cual si lo hubiera herido un rayo.....

Algunos momentos despues se reanimaron sus trastornados ojos : una cólera atróz los inyectó de sangre , se levantó de golpe , y fue corriendo á tomar un formidable baston , con el objeto , sin duda , de rompérselo al viejo en las costillas. Mas al volverse , se encontró solo en su cuarto....

Antonio Daquin habia desaparecido.

VII.

Capitulacion de conciencia.

Así que el caballero de San Lorenzo se repuso del sobresalto y de la violenta cólera que le causaron las palabras que con tanto misterio le dijo al oido Antonio Daquin , se fue á casa de la marquesa , despues de haber resuelto irrevocablemente no referirle su conversacion con el viejo , y mucho menos la cruel é increíble tercera condicion.

Mariana le abrió la puerta con los ojos bañados en lágrimas , porque su ama habia sido acometida aquella noche por una grave enfermedad. Blanca , arrodillada junto á la cama de su madre , le tenia cogidas las manos , y al verla en aquella postura , pálida , suelto su hermoso pelo , envuelta en una ancha bata que flotaba á su alrededór , parecia el ángel del dolor , llorando y orando junto á una tumba. Su madre estaba sin conocimiento , tan pronto inmóvil y helada como si la hubiera abandonado la vida , ó con un espantoso delirio , pareciendo que cada minuto , cada segundo , la aproximaba mas á la eternidad. El médico de cabecera escribia sobre un bufete una nueva receta , viéndose en su triste y desolado semblante el poco efecto que de ella esperaba. La opaca luz que dejaban penetrar en aquella triste alcoba las ventanas medio cerradas , los dolorosos sollozos que salian alguna vez del oprimido pecho de Blanca , afectaron de tal modo al caballero , que le temblaron las piernas , dió algunos pasos bamboleándose , y fue á caer de rodillas junto al lecho de la enferma , al lado de su hija , sin poder articular ni una sílaba.

—Señorita , dijo el doctor á Blanca , aproximándose á ella ; un médico , hombre de bien , no debe nunca titubear en pedir el concurso de nuevas luces , cuando conoce insuficiencia de las suyas para curar las enfermedades que resisten á sus cuidados ; por lo tanto os ruego que llameis á algunos de los maestros de la facultad ; el estado de vuestra madre es sumamente grave , y mañana , tal vez , serian imposibles todos los medios para salvarla.

—Gracias , señor doctor , dijo Blanca , juntando las manos de un modo que partia el corazon ; ¡oh! os agradezco vuestro buen consejo.... llamaré á los que quisiereis.... iré á pie al fin del mundo por buscar quien salve á mi madre.... Pero ¿quién es , dónde está? Decídmelo , por Dios , y mi gratitud será eterna.

El médico designó á sus ilustres compañeros Luis y Portal : al escelente doctor Luis , médico de la reina de Holanda , que por su amable y encantadora bondad natural hubiera podido llamarse el Andrieux de la medicina ; y á Portal , admirable médico , á quien tan maravillosas curas debió la humanidad doliente.

Dos horas despues se hallaban á la cabecera de la enferma estos dos hombres eminentes , traídos por el caballero de San Lorenzo. Nada hay , tal vez ,

en la vida mas grave ni mas elevado, que el solemne momento en que toda una familia, anegada en llanto, palpitando de miedo y esperanza, aguarda la decision del médico junto al lecho de un paciente. Los corazones alarmados que lo rodean no pierden un gesto suyo, ni una mirada, ni una emocion, pues aquel hombre toma entonces las imponentes proporciones, y el terrible aspecto de un juez supremo.

Preciso es convenir en que los médicos no son tan generalmente indifertes como se cree, á los males de la humanidad. La costumbre constante de asistir enfermos les da la sangre fria necesaria para su filantrópica profesion, pero no por esto pierden la mayor parte de ellos su sensibilidad, y yo he visto algunos mezclar sus lágrimas con las de familias alligidas, y cuyo dolor era tanto mas amargo, quanto que conocian la impotencia del arte contra ciertos misterios impenetrables de la destruccion.

Portal y Luis manifestaron al fin su opinion: «Si la enferma podia resistir la crisis violenta, pero indispensable, que iban á provocar sus remedios, viviria... *con tristes condiciones, tal vez*; pero, en fin, se salvaria.»

La noche inmediata iba, pues, á decidir su suerte, y al dia siguiente debia encontrar á la pobre Blanca huérfana, ó en brazos de su madre; por consiguiente aquella fue una noche de tormentos, horrorosa, en la que ni un minuto se separaron de la cabecera de la enferma Blanca y el caballero. Fijos en ella sus ojos, observaban con ansiedad sus menores movimientos, y mirándose despues uno á otro con mortal espanto, se interrogaban con la vista, para estremecerse ó confiar. En aquel terrible momento parecia haberse despertado todo el cariño de San Lorenzo, y con el corazon del mas apasionado amante dirigia al cielo fervientes plegarias por la salud de su noble y digna amiga. La crisis, al fin, tuvo lugar, y fue favorable; la marquesa, despues de un largo sopor, murmuró el nombre de Blanca, y ésta se abrazó á su madre; mas muy pronto se traspasó de dolor el alma de la pobre niña... su madre no la veia, ni la oia... se habia quedado ciega y sorda. Blanca prurumpió en amargo llanto, y el doctor Portal, que entraba en aquel acto, le dijo:

—Señorita, yo esperaba lo que ahora sucede: separado con nuestras medicinas el curso de la sangre del asiento de la vida, debia afectar los dos órganos que paraliza en este momento; tal vez podremos triunfar de esta nueva desgracia... pero hemos salvado la vida de vuestra respetable madre, que era lo único adonde podia alcanzar la ciencia.

Blanca apretó la mano al médico con profunda espresion de gratitud: San Lorenzo, bañados sus ojos en lágrimas, se fue detrás de él hasta el cuarto de la marquesa, y quiso ponerle en la mano los honorarios de su consulta; pero deteniéndolo el apreciable médico con un ademan afectuoso, le dijo:

—No echeis á perder para mí, caballero, uno de los mas felices instantes de mi vida, en que he podido conservarle una madre á su hija.

El doctor habia conocido la triste situacion de la marquesa, y se encontraba suficientemente recompensado con el bien que acababa de hacer.

Dos meses duró la enfermedad de la marquesa, y su convalecencia fue larga y costosa, de forma que el capital impuesto en casa de Mr. Ronami disminuia diariamente, y el caballero habia agotado sus recursos. Blanca no iba ya á trabajar al taller de la señora Prudencia, y el importe de sus jornales, por moderado que fuese, hacia una falta esencial para los gastos de la casa.

El doctor Luis, menos ocupado que Portal, continuaba asiduamente sus visitas. Un día que el caballero de San Lorenzo, desesperado con la doble enfermedad de su amiga, interrogaba con instancia al hábil médico para que le dijera si era posible su curacion, le habló éste de un hábil profesor de la facultad de Viena, que acababa de llegar á París, especialmente dedicado, segun le dijo, á la curacion de los dos órganos, cuyo uso habia perdido la marquesa.

— Nosotros no deseamos, añadió Luis, ninguno de los descubrimientos que nos traen los estrangeros; el dominio del arte es universal, y acogemos como hermanos á cuantos logran agrandarlo. Mas nada os habia dicho de ésto hasta ahora, porque sé que las curas que hace exigen grandes gastos, y la desgracia de una medicina de esa especie es no poder alcanzar á todas las clases de la sociedad. Lo que interesa á la humanidad doliente no es un beneficio real y efectivo, sino cuando puede curar á la humanidad entera. Tengamos, pues, esperanza en cuanto á la marquesa, en nuestros cuidados, en el tiempo, y en Dios.

Desde aquel instante no pudo ya tener sosiego el caballero; una idea fija lo perseguia sin cesar, y únicamente pensaba en proporcionarse los medios de curar á su amiga. Algunas veces le venia al pensamiento el tentador, que era como llamaba en su interior Antonio Daquin, principalmente cuando veia á aquella pobre madre ciega y sorda, recibiendo de su hija, anegada en llanto, los incompletos é insuficientes auxilios, que apenas le permitia darle su escasa fortuna. Entonces se apartaba de aquel doloroso espectáculo, y se marchaba á andar por París á la ventura, procurando embotar su dolor con largos y solitarios paseos.

Atravesaba una mañana el jardin de las Tullerías, en uno de los hermosos días de primavera, en que los verdes castaños se cubrian de hojas, las suaves exhalaciones de las flores embalsamaban la atmósfera, y todo respiraba alegría y felicidad en torno del pobre caballero, cuyo triste y fatigado aspecto contrastaba con el fresco y encantador despertar de la naturaleza. Una multitud de magníficos carruages que iban á dejar en la verja de los Fuldenses á sus jóvenes y hermosas amas, y aquel lujo, aquellos brillantes tocados, le recordaron el cuadro de grandeza y opulencia que tan pérfidamente le habia diseñado el viejo Daquin, imágen seductora, que apartaba sin cesar de su imaginacion, pero que no se borraba jamás.

— Hé ahí, decia entre sí, viendo bajar de sus carruages todas aquellas jóvenes elegantes, lo que hubiera podido ser nuestra querida Blanca.... y aun mucho mas todavía.... porque ninguna de esas posee su gracia y finura.

Después de la entrevista de los dos viejos no habia vuelto á aparecer por el taller el padre Daquin, como le llamaban las floristas, con gran sentimiento de la señora Prudencia, cuyo mejor parroquiano era, y con profunda desesperacion de aquellas jóvenes, entre quienes derramaba diariamente un diluvio de almendras y pastillas de chocolate. El caballero habia sentido muchas veces no volver á encontrar á su extraño visitante, aunque no hubiera sido mas, decia entre sí, que para castigarlo por su increíble confidencia; mas con los arrebatos de su puro enojo se mezclaba, casi sin notarlo él, el cruel y agudo pesar, de que la copa de las magníficas ilusiones que habia tocado con sus labios estuviera emponzoñada con aquella fatal y tercera condicion.

Embebido, pues, en todos estos pensamientos de cólera, de venganza y de

brillantes esperanzas burladas, al volver uno de los paseos de las Tullerías creyó ver al viejecito en cuestion, andando muy de prisa, con su eterno vestido negro, escapando como un ciervo acosado, con sus secas y delgadas piernas, copias vivas de las del buen *Bailío de Ferette*, de quien decia Mr. de Talleyrand que era el hombre mas osado del mundo, porque se atrevia á andar sobre sus piernas. Al verlo el caballero, sintió renacer toda su rabia; apretó convulsivamente con la mano el puño de cuerno de un modesto junco, que habia sustituido á la hermosa caña con puño de oro, y se lanzó detrás de él con intenciones verdaderamente hostiles: mas Antonio Daquin, á quien perseguia, se perdió entre un gran grupo de gente atraida con la esperanza de ver al emperador en el balcon del pabellon del reloj.

Balcon famoso, en que se han apoyado tantos poderes efimeros, desde *Mr. Robespierre*, proclamando al Sér supremo, que se lo debia agradecer mucho, hasta el rey que reinaba el 23 de Febrero sobre el pais mas hermoso de Europa, y que lo abandonaba proscrito el 24.

San Lorenzo se volvió triste y pensativo á casa de su antigua amiga, donde le aguardaban nuevos dolores: la sala de estrado de la marquesa, tan pobre ya, estaba casi enteramente desamueblada. Al verla así se quedó sorprendido; mas Blanca le salió al encuentro, y le dijo con tristeza:

— Mi buena madre nada sabe felizmente, puesto que ni ve ni oye nada. El boticario, á quien ya le debiamos mucho, y cuya cuenta se aumenta diariamente, se negaba á dar las nuevas medicinas recetadas por el doctor, y hasta de aquí á tres meses no podíamos cobrar nuestra corta renta. Mariana me ha traído á un tendero del Temple, y hemos vendido con que poder cuidar á mi pobre madre por algun tiempo.

Diciendo esto se echó Blanca á llorar, y el caballero la abrazó y mezcló sus lágrimas con las de la pobre niña.

Aquella noche no pudo dormir ni un minuto: el aspecto de tantas penas, la horrorosa miseria en que se iban á ver de un momento á otro sus dos amigas, el vil espanto que esto le causaba, todos estos tristes motivos reunidos produjeron una completa revolucion en sus ideas, ó más bien en su alma. Honor, razon, prudencia, rectitud, desaparecieron ante la idea de aquellas dos existencias tan queridas amenazadas de una suerte espantosa, y concibió un proyecto, cuya sola idea cubria su frente de vergüenza y de terror. Mas estaba ya resuelto, y al dar las doce del dia, se disponia á salir de su casa, para cometer, decia entre sí con dolor, la única mala accion de su vida. Al atravesar su cuarto, vió la cruz de San Luis colgada junto á una espada antigua de combate, y tomándola la miró algunos instantes en silencio, y la encerró despues en una cajita, como si no se creyera ya digno de volver á ver aquel noble premio de su sangre y de sus gloriosos servicios.

Fuese en seguida á las Tullerías, al mismo paseo en que habia visto á Antonio Daquin, pero el buen hombre no pareció. Ocho dias seguidos volvió á esperar-lo en el mismo sitio, y ocho dias volvió á su casa, desesperanzado de encontrar al misterioso viejo, cuya residencia ignoraba hasta la señora Prudencia. Al noveno, y cuando ya iba á abandonar su puesto de observacion, vió pasar al buen hombre, siempre listo, siempre de prisa, dirigiéndose hácia el Puente nacional, y corrió, ó mas bien voló detrás de él, mas en el momento de alcanzarlo le faltó el valor, y se contentó con seguirlo, sin perderlo de vista. Anto-

nio Daquin atravesó los malecones, tomó por la calle de los Santos Padres, y entró en la de San Guillelmo, donde se paró delante de una magnífica casa, cuya puerta principal se abrió así que llamó. Ya lo iba á perder de vista el caballero, cuando haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, le arrojó, mas bien que le dijo, estas palabras con voz sorda y como ahogada:

—¿Querrá el señor Antonio Daquin concederme un momento de conversacion?

T. por D. R. de C.

(Se continuará.)

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. Poco nuevo tenemos que revistar esta semana. A beneficio del señor Font se ha puesto en escena el drama en verso del señor Suarez Bravo, titulado *Es un ángel!* No haremos el análisis de esta produccion con la severidad y detenimiento que de nosotros exigiera un autor conocido ó una de nuestras celebridades literarias; el drama que nos ocupa es la primera obra dramática del señor Bravo, y al entrar en la espinosa senda del templo de Talía, ha desplegado desde luego dotes recomendables, y que demuestran á primera vista que con el estudio, y sobre todo con la esperiencia del *efecto escénico*, llegará á ocupar un lugar distinguido. Los dos primeros actos de este drama son muy buenos y sembrados de escenas cómicas, y de fácil y correcta versificación. El tercer acto es malo; no porque el pensamiento no se halle bien diluido, sino porque los recortes dramáticos que el autor emplea son estemporáneos, y desvirtúan la delicada situacion en que se encuentran colocados los personajes: nunca el amante debió obtener el retrato de la madre por mano de la hija; ni nunca exigir de aquella que le confesase su amor en los momentos de ir á desposarse con ésta. El primer medio aparece inverosímil, y el segundo poco delicado y sujeto á falsas interpretaciones. El público oyó con gusto los actos primeros, y manifestó su desagrado en las últimas escenas. ¿Deberá esto desalentar al autor? no, y mil veces no; la semilla de su talento, que hemos visto, debe dar ópimos y riquísimos frutos.

La compañía de ópera ha repetido el *Macbeth*, dando ancho campo á la linda señora Cattinari para lucir la gala y facilidad de su canto. Ahora prepara el nuevo *Moisés*, que creemos se pondrá en escena el 20, y cuya particion será siempre uno de los mas bellos florones de la inmortal corona del padre de la música moderna.

El señor Huerta con su guitarra ha dado dos conciertos, en que ha sorprendido con su indisputable mérito. La guitarra en manos del señor Huerta es una orquesta entera, y entre las vibraciones de sus cuerdas se oyen las melodiosas cadencias de la lira, ó los guerreros ecos del clarin. Su fama es europea, y en verdad que Europa tiene razon.

JUNTA DIRECTIVA DEL HOSPITAL GENERAL. — *Comision de fiestas.* — No habiéndose presentado postura competente para el arriendo del teatro de esta capital en la subasta celebrada en el dia de hoy, se proroga el remate para el lunes 18 del corriente á las doce de la mañana, si se llenan los deseos de la Junta, y con sujecion al pliego de condiciones que se halla de manifiesto en la secretaría á cargo del infrascrito.

Valencia 15 de Diciembre de 1848. — Manuel Calvo.